

# Comunidad religiosa, misión y misericordia

---

Se me ha pedido una reflexión sobre “la vida religiosa apostólica, lugar de acogida, de comunión, de ejercicio y de práctica de la misericordia”; no sé si lo interpreté bien, pero entendí que se me pedía hablar de comunidad religiosa apostólica, misión y misericordia.

Supongo que no habrá vida religiosa apostólica que no sean contemplativo, y que en los monasterios del mundo no se hallarán contemplativos que no sean apóstoles. Supongo también que la misión de evangelizar no es tarea propia de religiosos sino común a bautizados; y que la misericordia, lejos de ser virtud exigible a unos pocos, es atributo divino que todos hemos de imitar si queremos ser hijos del Padre celestial<sup>1</sup>.

Lo que parece incuestionable es que ustedes son consagrados al apostolado.

Y para mí eso significa que son creyentes cristianos a quienes el Señor, porque así le ha parecido bien, les ha dado hermanos con los que formar “**una comunidad de discípulos-misioneros de Jesús, ungidos por el Espíritu**”<sup>2</sup>, una comunidad “**reflejo e imagen de la naturaleza misionera de Dios**”<sup>3</sup>.

Lo que esas expresiones transmiten es que **Dios es misionero; que tiene un programa misionero; que, para cumplirlo, cuenta con esa comunidad de discípulos de Jesús.**

Es decir, “cada comunidad religiosa está llamada a ser signo e instrumento de **la Trinidad misionera que quiere salvar a la humanidad e instaurar su Reino**”<sup>4</sup>.

## 1. ‘Misión de Dios’, en el tiempo de las promesas

Puede que, habituados a considerar a Dios como el que envía en misión, no hayamos reparado en que, desde el principio de los tiempos hasta su consumación, Dios mismo anda en misión<sup>5</sup>.

‘Misión de Dios’ es la obra de la creación<sup>6</sup>: “Él hizo grandes maravillas... hizo sabiamente los cielos... afianzó sobre las aguas la tierra... hizo lumbreras gigantes... el sol... la luna y las estrellas”<sup>7</sup>.

---

<sup>1</sup> “Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos” (Mt 5, 44-45). Sentencia que todos los bautizados conocen de memoria, y que cuidadosamente olvidamos cada vez que alguien nos pisa los callos.

<sup>2</sup> J. C. REY GARCÍA, *¿Cómo se forma una comunidad? ¿Cómo queda configurada por la misión?:* Vida Religiosa 118. Monográfico 3(2015)27/(251).

<sup>3</sup> J. C. REY GARCÍA, *¿Cómo se forma... 27(251).*

<sup>4</sup> J. C. REY GARCÍA, *¿Cómo se forma... 27-28(251-252).* La misión deja de ser el proyecto que nosotros diseñamos y que pretendemos realizar con la ayuda de Dios, para entenderse como proyecto de Dios, que él realiza con nuestra ayuda.

<sup>5</sup> La misión es obediencia a la compasión, es servir a aquel a quien se ama. Así es en las misiones en Dios. Así es en los enviados del Hijo de Dios. Así es en los enviados por el Espíritu de Dios.

<sup>6</sup> Condición necesaria para crear es acoger la creación, amarla. La creación ha de estar en Dios por el amor, antes de ser desde Dios por su poder.

<sup>7</sup> Sal 136, 4-9.

‘Misión de Dios’ es la liberación del pueblo que él se había escogido en heredad<sup>8</sup>: “Él hirió a Egipto... y sacó a Israel de aquel país... con mano poderosa, con brazo extendido... Él dividió en dos partes el mar... y condujo por en medio a Israel... arrojó en el mar al faraón y a su ejército... guió por el desierto a su pueblo... hirió a reyes famosos... dio muerte a reyes poderosos... Les dio su tierra en heredad... En nuestra humillación, se acordó de nosotros”<sup>9</sup>.

Una mirada creyente a la ‘misión de Dios’ habría de fijarse además en su acción en cada uno de nosotros. Tengo la certeza de que el Espíritu del Señor ha realizado en ese mundo secreto y personal un proyecto de tal belleza y calidad que no os bastará la eternidad para agradecer como conviene su santa operación.

Para hablar de Dios en misión, también podemos pedir el testimonio de sus obras, pues “el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos, el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra”<sup>10</sup>.

Constatamos, sin embargo, que nuestro lenguaje, ampliado con el de la creación entera, apenas alcanza a entrar en el misterio de ‘la misión’ de Dios. Todas nuestras palabras y el mundo con todas sus maravillas, sólo alcanzan a insinuar analogías que van diciendo un no sé qué de lo indecible<sup>11</sup>.

Pero hay una luz que envuelve y penetra todas las obras de Dios, una palabra que ilumina todo lo que decimos de él y todo lo que no somos capaces de decir: todo lo envuelve, lo penetra y lo ilumina “**la misericordia de Dios**”, su compasión, su eterna bondad.

Todo lo que contemplas y admiras de Dios en la creación, todo fue hecho “**porque es eterna su misericordia**”<sup>12</sup>.

Todas las maravillas que el Señor ha realizado para redimir a su pueblo, todas son hijas de la misericordia con que lo ha amado.

Por eso la alabanza del Creador ha de permanecer siempre en los labios del creyente, como permanece en Dios el amor compasivo, que es la razón de todas sus obras: “Dad gracias al Señor, **porque es eterna su misericordia**”<sup>13</sup>.

La historia de la salvación, historia de “Dios en misión”, de “Dios en salida”, de Dios en camino, de Dios en los caminos de los hombres, esa historia es toda ella sacramento de misericordia, epifanía de bondad, tanto que, de los caminos de Dios, se puede decir siempre que son “**caminos de misericordia**”<sup>14</sup>.

## 2. ‘Misión de Dios’ en la plenitud de los tiempos

Cuando entra en nuestra historia “el Hijo del Altísimo”, la ‘misión de Dios’ se nos muestra como un exceso o **locura** de misericordia.

He dicho: “**locura**”. Entendido: “exaltación”, que el desbordamiento de la misericordia causa en quienes la experimentan.

---

<sup>8</sup> Cf. Sal 135, 4.

<sup>9</sup> Sal 136, 10-23.

<sup>10</sup> Sal 19, 2-3.

<sup>11</sup> ¡Ay!, ¿quién podrá sanarme? / Acaba de entregarte ya de vero. / No quieras enviarme / de hoy más ya mensajero, / que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan / de ti me van mil gracias refiriendo, / y todos más me llagan, / y déjame muriendo / un no sé qué que quedan balbuciendo: JUAN DE LA CRUZ, *Canciones entre el alma y el esposo*, 6-7.

<sup>12</sup> Estribillo repetido en los 26 versículos del Sal 136.

<sup>13</sup> 1 Cr 16, 34. Cf. 1 Cr 16, 41; 2 Cr 5, 13; 7, 3. 6; 20, 21; Esd 3, 11; Sal 100, 5; Jr 33, 11.

<sup>14</sup> Sal 25, 10. Cf. Sal 89, 15; Tob 3, 2.

Asociad la palabra “locura” a “prisas”<sup>15</sup> y “alegría”<sup>16</sup>, a danzas<sup>17</sup>, bendiciones<sup>18</sup> y cánticos<sup>19</sup>, a corazones en fiesta que celebran a Dios porque “ha realizado la misericordia que tuvo con nuestros padres”<sup>20</sup>.

Podemos hablar de “locura”, porque una extraña agitación se apodera del cielo y de la tierra. El Espíritu de Dios, la Palabra de Dios, el ángel del Señor, una legión del ejército celestial, el sacerdote Zacarías, Isabel su mujer, María de Nazaret, desposada con José, Juan el de Isabel y Zacarías, los pastores en la noche de Belén, Simeón y Ana en el templo del Señor, todos parecen expulsados de la normalidad por la misericordia con que Dios visita a su pueblo.

La gracia de María, la fecundidad de la estéril, la maternidad de la virgen, el evangelio de la alegría, el nacimiento del Salvador, la paz que se ofrece a los amados de Dios, la justicia que mira desde el cielo, la luz que ilumina a los pueblos, la gloria que Dios recibe, todo sabe a misericordia, todo dice misericordia, todo es epifanía de la misericordia de Dios.

Así lo expresan los que, en aquel tiempo de plenitud, son por gracia signo e instrumento de la actividad misionera de la Trinidad Santa. Lo dice el ángel Gabriel que trae nuevas del cielo a una virgen desposada con José: “Alégrate, llena de gracia –llena de misericordia–, el Señor está contigo”<sup>21</sup>. Lo dice, profetizando, Isabel en casa de Zacarías: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!”<sup>22</sup>. Lo dice, proclamando la grandeza del Señor, María la bendecida: “El Poderoso ha hecho obras grandes, su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación... Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia... a favor de Abrahán y su descendencia por siempre”<sup>23</sup>. Lo dice Zacarías, el padre de Juan: “Dios ha visitado y redimido a su pueblo... realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres”<sup>24</sup>. Lo dice el ángel del Señor: “Hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”<sup>25</sup>. Lo dice el justo Simeón, que toma en sus manos al niño y bendice a Dios: “Mis ojos han visto a tu salvador”<sup>26</sup>.

Os habréis fijado en los testigos y en el que los mueve a dar testimonio: Gabriel fue *enviado por Dios*. La maternidad de María será posible **por la acción del Espíritu Santo**. **Es el Espíritu Santo** el que llena a Isabel y pone en sus labios palabras de bendición. **Es el mismo Espíritu** el que llena a Zacarías para que profetice. **Y será el Espíritu** el que impulse a Simeón para que vaya al templo cuando entran en él los padres de Jesús con el niño.

Es hora de que empecemos a hacernos preguntas sobre nuestra vida.

Ya sé que, en esta historia de misericordia en exceso, ninguno de los personajes es monja, fraile o miembro de una fraternidad de profesos. Y, sin embargo... a vuestra vida –vida religiosa apostólica– nadie sabría darle sentido si de ella excluyeseis la acción del Espíritu Santo, su venida a vuestro mundo, la fecundidad de su sombra sobre

---

<sup>15</sup> Cf. Lc 1, 39; 2, 16.

<sup>16</sup> Cf. Lc 1, 44. 55; 2, 10.

<sup>17</sup> Cf. Lc 1, 44.

<sup>18</sup> Cf. Lc 1, 42.

<sup>19</sup> El de María la madre de Jesús (Lc 1, 46-55), el de Zacarías (Lc 68-79), el de los pastores (Lc 2, 20), el de los ángeles (Lc 2, 13-14), el de Simeón (Lc 2, 29-32), el de Ana (Lc 2, 38).

<sup>20</sup> Lc 1, 72.

<sup>21</sup> Lc 1, 28.

<sup>22</sup> Lc 1, 42.

<sup>23</sup> Lc 1, 49-50. 54-55.

<sup>24</sup> Lc 1, 68. 72.

<sup>25</sup> Lc 2, 11.

<sup>26</sup> Lc 2, 30.

vosotros, la fuerza de su impulso para hacer de cada uno de vosotros un profeta, un evangelizador. Nadie sabría dar sentido a vuestra vida si en su centro no hallase al Salvador, al Mesías, al Señor, la palabra que viene a los suyos cargada de vida, la buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo.

A los hombres y mujeres con quienes convivimos no les importa saber cómo nos identificamos; jamás se preguntarán si hay algo que nos haga diferentes de los demás bautizados.

Aunque no sepan decir lo que buscan, quienes se encuentren con nosotros sólo buscarán ver dónde llevamos a Cristo: en las palabras, en las manos, en los brazos, en la mirada, en el corazón, en la vida... No sabrán decirlo, pero buscarán en nosotros algún síntoma significativo de que se nos ha contagiado la locura de Dios... Eso buscarán, pero nadie encontrará a Cristo en nosotros, a nadie recordaremos el amor que es Dios, si no somos **una imagen, un reflejo, del exceso de misericordia con que Dios nos ha visitado** en el misterio de la encarnación.

¡La compasión es el primer paso en el apostolado!, y el segundo y el último, aunque no siempre se haya visto así, ni todos lo vean hoy así.

Y todavía me queda una pregunta para una respuesta del todo personal: **¿En qué página de nuestra vida hemos escrito nuestro cántico?** Porque, si se ha apoderado de nosotros el Espíritu del Señor, si hemos conocido la salvación, si Dios se ha fijado en nuestra pequeñez para hacer cosas grandes, por algún sitio ha de estar guardado nuestro secreto cántico de alabanza: **“porque es eterna su misericordia”**.

### 3. Jesús de Nazaret, el lugar de la compasión de Dios

La predicación de Juan el Bautista y la de Jesús de Nazaret comienzan con este mensaje: “Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos”<sup>27</sup>; que es como decir: Convertíos, porque Dios ha salido de nuevo en misión y trae entre manos la instauración de su reino.

De esa misión de Dios es revelación la teofanía que acontece en el bautismo de Jesús. Entonces, “mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma, y vino una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco»”<sup>28</sup>.

La venida del Espíritu Santo sobre el Hijo, sobre “el amado”, significaba unción, posesión, elección, vocación, misión.

De ahí que, según el relato de los hechos, la vida del Hijo se desenvuelve al aire del Espíritu: “Jesús, lleno de Espíritu Santo, volvió del Jordán, y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo”<sup>29</sup>. “Acabada toda tentación... Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu”<sup>30</sup>.

¿Por qué recuerdo ahora eso que sabemos desde siempre? Os lo recuerdo porque “cada comunidad religiosa está llamada a ser signo e instrumento de **la Trinidad que, en el bautismo de Jesús en el Jordán, se nos mostró como “Trinidad en misión”**. Os lo recuerdo porque os supongo **víctimas, como Jesús, de una especial efusión del Espíritu de Dios** sobre vuestras vidas. Os lo recuerdo porque os supongo escogidos, llamados y enviados **a vivir como Jesús al aire del Espíritu, a evangelizar como Jesús a los pobres, a hacer, como Jesús, cercano a todos el reino de Dios**.

Jesús es imagen visible de ‘Dios en misión’.

---

<sup>27</sup> Mt 3, 2; 4, 17.

<sup>28</sup> Lc 3, 21-22.

<sup>29</sup> Lc 4, 1-2.

<sup>30</sup> Lc 4, 13. 14.

Para describir esa misión de Dios en Jesús, los evangelistas se sirven de los verbos “enseñar”<sup>31</sup> “predicar”<sup>32</sup>, “proclamar el evangelio del reino”, “curar”, complementados por la fama que acompaña al maestro<sup>33</sup>, por las alabanzas que origina<sup>34</sup>, por la aprobación que le expresan y la admiración que suscita<sup>35</sup>.

Fama, alabanza, aprobación, admiración, no están motivados por la excelencia de la retórica, por el conocimiento que Jesús muestra tener de las Escrituras de su pueblo, por la originalidad de sus comentarios, ni tampoco porque reclame una más escrupulosa fidelidad en el cumplimiento de la Ley de Moisés; el asombro nace de **la autoridad con que Jesús se dirige a todos**, la misma que muestra tener cuando interpela a los espíritus inmundos y los expulsa<sup>36</sup>.

Ahora bien, si Jesús ha sido **enviado por Dios con autoridad**, no son sus interlocutores los letrados, los escribas, los expertos, los que disertan sobre el bien y el mal, sobre la Ley de Dios y el Dios de la ley, no lo son tampoco las autoridades de los pueblos, no lo son siquiera los justos: los interlocutores de Jesús, los que experimentan la fuerza de su autoridad, son publicanos y pecadores, enfermos y hambrientos, gente necesitada de misericordia, **pobres** a los que Dios envía la salvación<sup>37</sup>: que no se sacia el hambre con disputas sino con pan.

Fue Jesús mismo quien dijo “**los pobres**”, cuando quiso indicar a los que eran los destinatarios de su misión. Primero leyó el texto del profeta: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres”<sup>38</sup>. Y después, comenzó a decirles: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”<sup>39</sup>.

Por otra parte, el anuncio del evangelio a los pobres es la garantía –la evidencia– de que ha llegado el que tenía que venir: “Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados”<sup>40</sup>.

Pues bien, esa autoridad con la que él ha venido, es la que Jesús da a sus discípulos, que son enviados, no a disputar con nadie sino a expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia<sup>41</sup>: “Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis”<sup>42</sup>

Con autoridad, con poder, así fue Jesús a los pobres: con una autoridad que se manifestaba como poder a favor del hombre, poder contra el mal del hombre<sup>43</sup>.

La autoridad de Jesús era el poder divino que hacía posible la buena noticia que los pobres necesitaban: no habría buena noticia –no habría evangelio– si no hubiese aquella autoridad.

No habría libertad para los cautivos si Jesús no tuviese poder para liberarlos; no habría vista para los ciegos si no hubiese poder para iluminarlos; no habría salud para

---

<sup>31</sup> Cf. Lc 4, 15 ; 5, 3 ; 19, 47; Mt 4, 23 ; 5, 2 ; 7, 29 ; 11, 1 ; 13, 54.

<sup>32</sup> Cf. Mt 4, 17.

<sup>33</sup> Cf. Lc 4, 14; Mt 4, 24; 9, 26; Mc 1, 28.

<sup>34</sup> Cf. Lc 4, 15.

<sup>35</sup> Cf. Lc 4, 22; Mt 7, 28; Mc 1, 22; 7, 37.

<sup>36</sup> Cf. Mc 1, 27; Lc 4, 32.

<sup>37</sup> Cf. Mt 9, 12-13.

<sup>38</sup> Lc 4, 18.

<sup>39</sup> Lc 4, 21.

<sup>40</sup> Mt 11, 4-5.

<sup>41</sup> Cf. Mt 10, 1.

<sup>42</sup> Mt 10, 7-8.

<sup>43</sup> Cf. Lc 4, 18-19. 31-37.

los enfermos si no hubiese el poder de curarlos; no habría remisión para los pecadores si no hubiese poder para perdonarlos.

Pero el poder, si no lo mueve la compasión<sup>44</sup>, se vuelve instrumento de opresión.

A los pobres, Jesús se acercó desde la misericordia, un modo de ir que los evangelistas expresaron con el uso del verbo “compadecerse”<sup>45</sup>.

La relación que hay entre la autoridad que se tiene, la compasión que se siente, y la acción que se produce, está bien reflejada en este relato: “Se le acerca un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio”<sup>46</sup>. El leproso, con su súplica, interpela la autoridad de Jesús, y Jesús, con su poder, actúa a favor del leproso; pero entre súplica y acción, se nos recuerda que estuvo la compasión.

“Compadecerse” es verbo de acción divina. La compasión es la forma del amor de Dios al hombre.

A su manera lo confiesa el espíritu inmundo que en la sinagoga de Cafarnaún se puso a gritar: “¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros?”<sup>47</sup>. El poder que se ejerce contra el mal, es misericordia que se ofrece a quien lo padece.

También lo dan a entender los escribas que, acusando a Jesús de blasfemo, preguntan: “¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?”<sup>48</sup>. El poder que se ejerce contra el pecado, es misericordia que alcanza al pecador.

Y lo va diciendo con su actitud corporal, con las palabras de su oración, con todo su ser, el publicano de la parábola: “Quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador»”<sup>49</sup>.

El mismo Jesús, en dos parábolas y una narración ejemplar, nos dejó tres iconos de la compasión de Dios: El rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados<sup>50</sup>, el padre del hijo pródigo<sup>51</sup>, y el samaritano compasivo<sup>52</sup>.

Las parábolas describen cómo actúa Dios con los hombres; y en la narración ejemplar, el samaritano es presentado como alguien que en su actuar, imita la misericordia de Dios y cumple así lo que Dios quiere<sup>53</sup>.

Pues bien, ese verbo de Dios que es “compadecerse”, en los evangelios se dice también de Jesús<sup>54</sup>, y de ese modo, su misión queda caracterizada como mesiánica, y a Jesús se le muestra “desempeñando el papel de Dios”<sup>55</sup>.

---

<sup>44</sup> Compasión: “Sentimiento que se experimenta ante el infortunio que aflige a otra persona”.

“Sentimiento de lástima motivado por la desgracia o mal que otro padece”.

<sup>45</sup> En griego: *splagchnizomai*, que comparte raíz con el sustantivo *splagchnon*, que, en plural, significa “las entrañas”, “el corazón”, “el anhelo entrañable”, “la misericordia”.

<sup>46</sup> Mc 1, 40-42.

<sup>47</sup> Mc 1, 24.

<sup>48</sup> Mc 2, 7.

<sup>49</sup> Lc 18, 13.

<sup>50</sup> Cf. Mt 18, 21-35.

<sup>51</sup> Cf. Lc 15, 11-32.

<sup>52</sup> Cf. Lc 10, 30-37.

<sup>53</sup> Cf. N. WALTER, *Splagchnizomai*. En *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*. Eds. HORST BALZ, GERHARD SCHNEIDER. Vol. II. Ediciones Sígueme (Salamanca 1998), col. 1469-1470.

<sup>54</sup> Mt 9, 36: “Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor”; cf. Mc 6, 34). Mt 14, 14: “Al desembarcar, vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos”. Mt 15, 32: “Jesús llamó a sus discípulos y les

En resumen, Jesús, imagen visible de ‘Dios en misión’, va con poder y misericordia a los pobres para salvarlos.

Os lo recuerdo porque la comunidad religiosa está llamada a ser, como Jesús, signo e instrumento de ‘**Dios en misión**’.

Y vuelven las preguntas sobre nuestra vida.

No os preocupéis por la identidad que los teólogos no sabemos daros: Dios os la da con su gracia, el Espíritu de Dios os la da con su unción, el Hijo de Dios os la da con su llamada, la Iglesia os la da con su reconocimiento.

A vosotros, a quienes la gracia, la unción, la llamada, el reconocimiento os señala como religiosos, a vosotros os pregunto en primer lugar por la experiencia mística –experiencia trinitaria y eclesial- de la que todo nace: os pregunto por vuestra comunión con el Hijo de Dios; por vuestra experiencia de bendición recibida, de misericordia alcanzada en el Hijo de Dios; por vuestro conocimiento del amor paterno de Dios, de sus entrañas maternas; os pregunto por el corazón de vuestra vida, por el secreto de vuestro amor, por lo que sucede en esa intimidad en la que sólo Dios y cada uno de vosotros puede entrar.

He de preguntaros además por los destinatarios de la misión a la que habéis sido llamados, es decir, por los pobres, por los excluidos de siempre y por los que en estos tiempos padecen formas nuevas de exclusión. Os lo pregunto porque nosotros, los de la gracia, la unción, la llamada, el reconocimiento para ir a los pobres, también nosotros podemos discriminarlos en razón de su raza, de su religión, de su nacionalidad, de su condición legal... Como si el Señor nos hubiese enviado a los nuestros, a los que tienen papeles, a los de conducta intachable...

Os pregunto también por vuestra autoridad, por el ejercicio del poder que se os dado para salvar. Se trata de una autoridad o poder, que poco o nada tiene que ver con nuestros recursos, con nuestros proyectos, con nuestras posibilidades. Se trata de una autoridad que ha de imitar la de Jesús, no la de los reyes de las naciones, que las dominan y se hacen llamar bienhechores: “Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve... Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve<sup>56</sup>. Se trata de una autoridad y poder que, si no son los conferidos por Jesús a los doce apóstoles<sup>57</sup>, han de ser considerados semejantes a aquéllos, como lo eran los que recibieron los setenta y dos discípulos designados por Jesús y enviados delante de él a los pueblos y lugares adonde él pensaba ir<sup>58</sup>. Os pregunto por ese poder y autoridad porque sé que lo hemos recibido y se nos pedirá cuentas de su administración. Me pregunto si eso que llamamos “crisis de la vida religiosa”, no será más bien una necesaria y urgente purificación de nuestros

---

dijo: «Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino»; cf. Mc 8, 2).

La compasión es la antesala de la curación de dos ciegos, en Jericó (Mt 20, 34), de un leproso, en Cafarnaún (Mc 1, 41), y de la resurrección de un muchacho, en Naín (Lc 7, 13).

A la compasión de Jesús apela el padre de aquel muchacho que era maltratado por un espíritu inmundo” (Mc 9, 22), y lo hace también en Jericó el ciego Bartimeo (Mc 10, 47).

<sup>55</sup> Cf. N. WALTER, *Splagchnizomai*, 1470.

<sup>56</sup> Cf. Lc 22, 24-27.

<sup>57</sup> “Llamó a los doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos... Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (Lc 6, 7. 12-13).

<sup>58</sup> “¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos... Los setenta y dos volvieron con alegría, diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre». Él les dijo: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada os hará daño alguno»” (Lc 10, 3. 17-19).

poderes, un necesario y urgente aligeramiento de nuestros recursos humanos y materiales, una gracia que nos devuelva a la humilde y gloriosa función de instrumentos en manos de Dios, de obreros que el dueño de la mies envía a su mies<sup>59</sup>, de profetas que transmiten el mensaje que han recibido de quien los ha enviado .

Os pregunto por vuestra autoridad, porque si hemos recibido poder para salvar, no nos será lícito llevar a los pobres doctrinas por evangelio, no se nos permitirá pasarles ideología por salvación.

Pero si os pregunto por la autoridad para llevar el evangelio, por el poder para llevar la salvación, os estoy preguntando por la compasión, por la misericordia, por el amor a los necesitados de evangelio, a los que esperan la salvación.

Considero que el criterio primero y principal para el discernimiento de la calidad evangélica de una comunidad religiosa en misión es el lugar que ocupan en ella los pobres y la misericordia. Así que, en resumen, me quedo con la pregunta por la presencia de la misericordia y los pobres en nuestra misión apostólica.

#### 4. Los que se excluyen a sí mismos de la compasión de Dios

Los primeros de quienes se dice que serán echados fuera, a las tinieblas, son sorprendentemente los hijos del reino, aquellos a quienes el reino estaba destinado en virtud de la promesa hecha por Dios a Abrahán. Ellos serán los primeros, pero no los únicos de los que se dice que se **quedan fuera por falta de fe**<sup>60</sup>.

Se quedan fuera los demonios, que son expulsados; pero entran en la compasión los endemoniados, que son liberados<sup>61</sup>.

Se quedan fuera algunos de los escribas, muy ocupados en pensar que Jesús blasfema por perdonar pecados; pero entran en la compasión los pecadores, a quienes se perdonan los pecados sin que haya de por medio para ellos más recomendación que la de la fe<sup>62</sup>.

Quedan fuera los fariseos, escandalizados por lo que Jesús hace, y entran publicanos y pecadores que se sentaban a la mesa con Jesús y sus discípulos<sup>63</sup>.

Quedan fuera los que, recordando la ley y olvidando la misericordia, acusan a los hambrientos y condenan a los inocentes<sup>64</sup>.

Quedan fuera sabios y entendidos, y entran en el lugar de la compasión los pequeños, los cansados, los agobiados<sup>65</sup>.

---

<sup>59</sup> Cf. Lc 10, 2.

<sup>60</sup> Cf. Mt 8, 11-13. También son echados fuera los que se ríen de Jesús –los que muestran su falta de fe-, cuando dice: «La niña no está muerta, está dormida» (Mt 9, 23-26). Quedan fuera los que, sin fe, no reciben a los discípulos de Jesús o no escuchan sus palabras (Mt 10, 14-15). Quedan fuera los que niegan a Jesús ante los hombres (cf. Mt 10, 33). Quedan fuera los expertos en Juan –“Tiene un demonio”- y también los expertos en Jesús –“Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores. Pero la sabiduría se ha acreditado por sus obras” (Mt 11, 18-19).

<sup>61</sup> Cf. Mt 8, 28-32; 9, 32-33.

<sup>62</sup> Cf. Mt 9, 2-8: Curación de un paralítico. “Algunos de los escribas se dijeron: «Éste blasfema»”.

<sup>63</sup> Cf. Mt 9, 9-13; 9, 34.

<sup>64</sup> Cf. Mt 12, 1-7: En aquel tiempo atravesó Jesús en sábado un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre?... ¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa?... Si comprendierais lo que significa ‘quiero misericordia y no sacrificio’, no condenaríais a los inocentes»”.

<sup>65</sup> Cf. Mt 11, 25-30.



Se intuye que quedan fuera hombres y mujeres de una generación que juzga con frivolidad los signos de los tiempos, la palabra de los profetas, la vida de los mensajeros de Dios<sup>66</sup>, hombres y mujeres que desprecian los signos del amor de Dios<sup>67</sup>.

Todos ellos quedan fuera y piensan que están dentro, y ese pensamiento les impide llamar a la puerta del Reino y entrar en él. Si comprendiesen lo que significa «quiero misericordia y no sacrificio», no irían de jueces condenando a los inocentes<sup>68</sup>. En ellos van unidas soberbia y miseria. Intuyes que se pierden lejos del Señor. Entonces, también por ellos, haces tuya la palabra de Jesús: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”<sup>69</sup>.

De la misericordia no queda fuera la pecadora pública<sup>70</sup>, no queda fuera la samaritana de los muchos maridos<sup>71</sup>, no queda fuera la mujer sorprendida en flagrante adulterio<sup>72</sup>, no quedan fuera los publicanos y las prostitutas<sup>73</sup>. Queda fuera, sin embargo, la generación perversa y adúltera que se dedica a reclamar señales y se niega a creer ninguna<sup>74</sup>. Tan fuera, tan lejos, tan por encima de la compasión ha decidido quedarse esa generación, que en su camino hacia el abismo han ido más allá de los paganos de Tiro y de Sidón<sup>75</sup>, más allá incluso que los pecadores de Sodoma<sup>76</sup>; tanto es así que los paganos de Nínive y la reina pagana del Sur los van a acusar en el juicio y harán que los condenen<sup>77</sup>.

Este apartado sobre los excluidos de la misericordia resulta particularmente inquietante para nosotros, y nos obliga a preguntas ineludibles. ¿Por si somos de los que se quedan fuera!

No nos van a echar como a demonios –estoy cierto de que no-; pero me pregunto si no es más que posible que nos quedemos fuera por escribas, por ser de los que siempre saben lo que hay que decir de Dios y lo que no se ha de decir.

Me pregunto por el peso del fariseísmo en nuestras vidas: por nuestro legalismo, por nuestro perfeccionismo, por nuestros aires de superioridad, por nuestra dureza con los pequeños, con los alejados, con los pecadores, con los necesitados, con los otros...

Me pregunto si los pobres encuentran hoy en nosotros, como en viejos fariseos, el “lugar de la ley”, o ven, como verían en Jesús, “el lugar de la salvación”<sup>78</sup>, “el lugar de la compasión” de Dios para con ellos.

---

<sup>66</sup> Cf. Mt 11, 16-19.

<sup>67</sup> Cf. Mt 11, 20-24: “¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza”.

<sup>68</sup> Cf. Mt 12, 7.

<sup>69</sup> Lc 23, 34.

<sup>70</sup> Cf. Lc 7, 36-50.

<sup>71</sup> Cf. Jn 4, 16-18.

<sup>72</sup> Cf. Jn 8, 3-11.

<sup>73</sup> Cf. Mt 21, 31-32.

<sup>74</sup> Cf. Mt 12, 38-39.

<sup>75</sup> Cf. Mt 12, 21-22.

<sup>76</sup> Cf. Mt 12, 23-24.

<sup>77</sup> Cf. Mt 12, 41-42.

<sup>78</sup> Las traducciones del cántico de Simeón suelen escoger entre Salvador y Salvación para traducir el término *sôtêrion* del original griego (Lc 2, 30). Pero la terminación *-êrion* da a la raíz semántica un significado locativo que no tendría sin esa terminación. El ‘presbiterio’ es el lugar donde están los presbíteros; el ‘cementerio’ es el lugar donde están los que duermen. En el texto de Lucas, el *sôtêrion* es un niño, y ese niño es el lugar donde está la salvación de Dios. La Vulgata tradujo con precisión: “salutare”.

## A modo de conclusión

Algo me dice que los pobres y la compasión pertenecen al paisaje de todos los Institutos religiosos. Dejo a ustedes la tarea de discernir esa presencia en su propio carisma.

Aquí, para concluir esta reflexión, traeré palabras del Francisco de Asís, que en su Testamento evoca la gracia de Dios en su vida y hace memoria de pobres y misericordia:

“El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar de este modo a hacer penitencia: pues, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos; pero el Señor mismo me llevó entre ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo”<sup>79</sup>.

Gracia, llamada, atracción, vocación, conversión, penitencia... palabras familiares a toda experiencia religiosa.

¡Leprosos y misericordia!

Sin pobres a quienes ir, sin compasión que nos mueva, no habrá comunidad religiosa en misión.

Feliz camino, hermanos, hermanas, ungidos para ser imagen de la misericordia de Dios con los pobres.

---

<sup>79</sup> Testamento. En: *Los escritos de Francisco y Clara de Asís. Textos y apuntes de lectura*. Edición preparada por los hermanos J. Herranz, J. Garrido y A. Guerra (Oñati/Guipúzcoa 2001) 293-294.